

EL DESTINO DE LOS INMIGRANTES: ASIMILACIÓN Y SEGREGACIÓN
EN LAS DEMOCRACIAS OCCIDENTALES, TODD EMMANUEL¹

*THE DESTINY OF IMMIGRANTS: ASSIMILATION AND SEGREGATION IN
THE WESTERN DEMOCRACIES*

Sergio Prieto Díaz

Economista Social (Universidad Autónoma de Madrid), Especialista en Desigualdad,
Cooperación y Desarrollo (Universidad Complutense de Madrid) .Magíster en Políticas
de Migraciones Internacionales (Universidad de Buenos Aires). ESPAÑA.

sergio.prietodiaz@gmail.com

Reseña Bibliográfica



Ed. Tusquets, Barcelona, 1996, Pp. 400. ISBN: 978-84-7223-784-1. Traducción:
Gabriel Hormaechea.

¹ Doctor en Historia por la Universidad de Cambridge, y diplomado por el Institut d'Etudes Politiques de París.

Emmanuel Todd, reconocido historiador francés, sigue la estela de una de sus obras de referencia, clave para entender las raíces de las identidades múltiples de la región europea. En “La invención de Europa” analizaba la construcción identitaria, influenciada por la larga y múltiple tradición histórica en la conformación de sus Estados-Nación, en la que se superponen momentos de estancamiento y de mutación acelerada e inesperada entre poblaciones, sistemas, e individuos. En “El destino de los inmigrantes”, Todd toma como punto de partida aquel análisis interno de las construcciones identitarias de países occidentales-europeos, para extenderlo a las interacciones que se producen frente a los contingentes de grupos inmigrantes que han ido arribando a ellos a través de la historia. El tema disparador parece ser la aparente paradoja que se da en Francia, país del hombre universal, donde surge una extrema derecha con un fuerte discurso antiinmigrante, y el ejemplo y características de este país se contrapondrán al análisis comparativo con las dinámicas observables y que caracterizan a Estados Unidos, Inglaterra, y Alemania.

Para ello, propone un paso desde la ideología a la antropología, donde las representaciones (conscientes) suelen contradecir a las realidades (inconscientes). Dado que los grupos inmigrantes son portadores de un sistema antropológico específico cuyo núcleo central es la estructura familiar, su semejanza o diferencia con respecto a la de la sociedad receptora definiría una diferencia cultural fundamental. Esta caracterización, junto a la atención de los índices de exogamia o endogamia, permite simplificar la categorización de la relación interétnica entre la asimilación y la segregación.

Se trata esta obra de un arrollador ensayo en el que Todd disecciona la historia de distintas culturas y lugares, apoyado muy acertadamente por datos cuantitativos, censales y estadísticos; un muy acertado uso de gráficos y sobre todo mapas, para analizar el proceso de inserción social, laboral, política, así como la convivencia postmigratoria de distintos grupos migratorios. El libro resulta accesible en su comprensión y lenguaje para un amplio público, puesto que al introducir ideas más complejas, el autor las argumenta y explica con coherencia y precisión con anterioridad. Aún así, esto no es óbice para que la obra resulte un material de tremendo interés y complejidad para un público más especializado, puesto que la densidad de las

argumentaciones, datos e hipótesis manejadas permitirán acceder a ideas de mayor complejidad que también son abordadas, o mencionadas al menos.

Aportando así un novedoso prisma interpretativo, dos nociones-ideas van a resultar troncales en su desarrollo: la omnipotencia de las sociedades receptoras y las certidumbres metafísicas a priori. La “omnipotencia (o imposición) de la sociedad receptora” cristaliza gracias a los ámbitos de convivencia social, políticas, discursos, legislación y derechos de ciudadanía, nacionalidad y residencia, idioma... Pero mientras estos pueden variar significativamente a lo largo de la historia, hay algo que subyace como una característica fundamental de las naciones, o sus distintas regionalidades, con un efecto más profundo y prolongado que permite explicitar por qué dos regiones con similares estructuras latentes pueden producir resultados diametralmente opuestos en cuanto a su relación con las personas y colectivos foráneos. Independientemente del contenido objetivo de la cultura inmigrada, la sociedad receptora suele imponer su propia visión de la relación interétnica, así como su solución a través de la asimilación o de la segregación. Cada gran nación postindustrial revela de esta forma, desde la antropología, una matriz inconsciente específica que determina su visión del extranjero y finalmente, el destino de éste. Así, las estructuras familiares son fundacionales de las representaciones ideológicas (esto, tanto para las sociedades receptoras como para las culturas inmigradas): allá donde los hermanos son considerados iguales, se cree a priori en la equivalencia de las personas y los pueblos. Si en el nivel íntimo de las estructuras familiares, los mismos hermanos son considerados desiguales, la estructura latente interpretará una humanidad diversificada y segmentada. Esto define las “certidumbres metafísicas a priori”.

“El destino de los inmigrantes” consta de 13 capítulos, más de 500 notas explicativas, una veintena de mapas y gráficos, y similar número de esquemas, todo lo cual muestra la profundidad explicativa y la variedad de recursos ensayísticos, conceptuales y metodológicos sobre los que se sostiene la obra.

En el primer capítulo, Todd nos acerca a las concepciones de universalismo y diferencialismo, a través de un repaso histórico de distintas sociedades y culturas desde las estructuras e ideales antropológicos de sus familias. El universalismo, que plantea una equivalencia entre individuos y pueblos (ideológica o religiosa), se encuentra latente en el primer cristianismo romano de Caracalla, en la iberia hispano-portuguesa

(alrededor de la Iglesia Católica y la lengua castellana), en la Revolución Francesa (con su hombre universal absoluto), en la tradición comunista (con un “homo sovieticus” que si bien no era libre, sí era igual), en China, o en el área de influencia del Islam. En cuanto a los diferencialismos, basados en una identidad étnica en la que la herencia (física, cultural) es míticamente transmitida por la estirpe o la sangre, la desigualdad de los hermanos extiende esta interpretación a la desigualdad de los pueblos, elegidos frente a parias, siendo los segundos normalmente obligados a emigrar. Nociones identificables en la Grecia Antigua (con pequeñas ciudades-estado, sin voluntad imperial, en las que desde Pericles regía el “*ius sanguinis*”), Alemania (con momentos diferencialistas tremendamente explícitos y un diferencialismo implícito siempre subyacente), Japón (la Nación-Familia), Inglaterra (cuyo diferencialismo es similar al hindú, de clase y no étnico), el País Vasco y el pueblo judío. Universalismo y diferencialismo resultan ser representaciones que pueden identificarse a través de las estructuras antropológicas fundamentales. La familia, cuya importancia en las sociedades preindustrial e industrial es innegable, amerita su interpretación en el contexto post-industrial de generalización de migraciones transcontinentales. La analogía de estructura revelada, entre familia e ideología, permite entender la permanencia en el tiempo de actitudes universalistas o diferencialistas más allá de las realidades sociales objetivas. Aquí encontramos de nuevo la justificación de las “certidumbres metafísicas a priori”.

Este primer capítulo termina con una aproximación a la actualización contemporánea de dichas dinámicas y estructuras familiares a los contextos postindustriales y de migración transnacional. Por tanto, se plantea la siguiente hipótesis que guiará el resto del ensayo: “la inculcación de los valores de igualdad o desigualdad es independiente de la herencia. El sistema antropológico (como conjunto de relaciones humanas en un territorio dado) tiene un papel global en dicha transmisión, y el sistema familiar es uno de esos componentes, su núcleo central.”

Una vez realizada esta justificación interpretativa, Todd nos sumerge en el análisis de cada uno de los países seleccionados para este ensayo comparativo. Dada la interesante perspectiva asumida, la densidad de una narrativa ligada indisolublemente a la historia y

la interpretación estadística, recorreré sucintamente cada uno de estos casos, destacando los puntos sobre los que se apoya su argumentación, si bien dada su complejidad sólo la lectura completa del mismo puede proveer total claridad acerca de los detalles de los casos tomados.

Entre los capítulos 2 y 5, el caso de los Estados Unidos de América refleja el paso de una sociedad abiertamente diferencialista, hacia un igualitarismo que, con la Declaración de Independencia, choca con la tradición protestante anglosajona anclada en su sistema familiar, nuclear absoluto, liberal y no igualitario. Esto genera una paradoja democrática que lo atrapa hasta nuestros días: los principios de la vida política (explícitos) son de igualdad, pero en la práctica (implícita) se sigue segregando, particularmente, a la población negra (con niveles de exogamia similares a los de las mujeres turcas en Alemania). Esta población encarna la “externalización de la diferencia” antropológica, el hermano excluido, que es al mismo tiempo el que permite una integración al ideal “blanco” del resto de inmigrantes (amarillos, rojos, cobrizos), y permite la convivencia entre diferencialismo y democracia. Paradójicamente, la definición de ese “a priori” de los negros como diferentes produce comportamientos diferentes también, que permiten finalmente justificar esta percepción de los negros.

Con el surgimiento de la “ilusión multiculturalista” (con “Beyond the melting pot”, Grazer y Moynihan, 1963), el hecho de que en una sociedad cuyo sistema familiar pregona la diferencia entre hermanos y pueblos, el único grupo que permanecía subordinado adquiriera el mismo status, provoca una histeria identitaria: si los negros no son diferentes, entonces ninguno seremos iguales. Así, mientras el primer diferencialismo estadounidense era dicotómico, el actual multiplica criterios que, combinados, producen una imagen infinitamente fragmentada, si bien la práctica de los comportamientos objetivos sigue siendo dual.

El capítulo sexto se dedica a Inglaterra, cuya estructura familiar exportó a EE.UU. (y también con sus matices particulares, a Canadá, Australia y al resto de sus colonias). Destaca la existencia de un diferencialismo que en este caso tiene una base no racial sino de clase: no hay un “pueblo blanco” porque las distintas clases sociales son casi grupos étnicos, tan alejados culturalmente de los estratos medios dominantes como para no tomarse en serio su pureza racial. Todd elige para este país la comparación entre las inmigraciones procedentes de las Antillas (excoloniales) y las de origen hindú y

pakistaní. Como bien argumenta, para una sociedad receptora diferencialista no hay nada más inquietante que un grupo inmigrante muy diferente en lo físico, pero muy cercano en las costumbres, puesto que esto contradice la certidumbre metafísica a priori de una diversidad coherente. Al imponerse el diferencialismo a las comunidades inmigradas, se produce un retorno forzoso a la cultura de origen, que adquiere así un papel fundamental en su asimilación y frente al rechazo. Si ésta es igualmente de diferencialistas (como los sijs hindús) estarán preparados para resistir la marginalización. Para los antillanos, que tienen la misma cultura de referencia, resulta en una total destrucción moral puesto que no cuentan con una base propia donde refugiarse. En el caso pakistaní, cuya estructura familiar es igualitaria entre hermanos, y además endógama, la resistencia lleva a una reinterpretación perversa hacia la intolerancia religiosa.

Los capítulos 7 y 8 analizan en profundidad el caso de Alemania, ejemplo de un sistema diferencialista matriz, autoritario y no igualitario, organizado en torno a dos certezas: los hermanos son diferentes, y por tanto los individuos diferentes deben ser separados; y la autoridad del padre, por la que los individuos deben estar sometidos y agrupados en un poder central. Esta contradicción, entre desigualdad horizontal e integración vertical, lo ha llevado a la aparición de un diferencialismo de expulsión o exterminio, distinto al de segregación que representa el modelo anglosajón. No se trata, como en Estados Unidos, de una no-igualdad de ciudadanos (basada en diferencias visibles) que debe ser superada, sino de una desigualdad de súbditos (cuyas diferencias pueden ser invisibles, según la noción de “hombre interior”). Esta percepción ha sido encarnada históricamente, como ejemplos más significativos, por los judíos, y a partir de 1960, por los turcos (que representan además la “externalización de la diferencia” que permite una mejor asimilación de, por ejemplo, yugoslavos, cuyo sistema familiar es comunitario y por tanto totalmente regresivo, incluso en su país, mientras el de los turcos es nuclear, y es más parecido al alemán, y de avanzada en el suyo). En Alemania el etiquetado religioso (esa diferencia antropológica invisible) es tan típico como el físico en la cultura anglosajona, y encuentra en el Islam una diferencia ideal capaz de suceder a las diferencias católica, protestante y judía anteriores. Lo cual lleva a una nueva paradoja,

el surgimiento de un fundamentalismo musulmán que no existe ni en la propia Turquía, al mismo tiempo que el sustrato identitario profundo sigue diluyéndose.

El análisis de Francia, ejemplo clásico de un sistema antropológico universalista, fundamentado incluso ideológicamente, ocupa los últimos 5 capítulos. La certidumbre metafísica a priori de una esencia común permite aceptar mil diferencias percibidas como secundarias, que no ponen en entredicho el axioma de la esencia humana universal (contra las “grandes diferencias” anglosajonas que emanan de una esencia separada). Pero Francia también carga con su paradoja: hace realidad, y mantiene, la universalidad del ser humano porque es diferente a los demás pueblos (aquí se representa la existencia en su territorio de dos grandes regiones enfrentadas, la cuenca de París, que casi siempre se impone, con un sistema familiar nuclear liberal e igualitario, universalista; y las zonas periféricas, donde las familias siguen un modelo matriz inigualitario y autoritario al estilo alemán). Por tanto, la inmigración no suele provocar reacciones extremas, salvo cuando las diferencias objetivas, antropológicas, se sitúan fuera del “fondo común mínimo” que es generalmente aceptado: sistemas bilaterales y exógamos. Cuando estas diferencias objetivas superan ese “fondo común mínimo” (argelinos, o turcos), sí se produce el conflicto, aunque incluso en éste el abordaje es diferente: toma forma de duelo, de igualdad en el enfrentamiento. Rechazo al otro aunque no puedo verlo como inferior. En el caso de los judíos, frente al “odio del sí judío” que se derivaba de su inicial integración en el sistema diferencialista alemán, y la “afirmación del ser judío” en las sociedades multiculturalistas anglosajonas, en Francia parecería darse una “difuminación del sí judío”, un indiferentismo condicionado por el entorno que explicaría, entre otros, su altísima e inusual tasa de supervivencia en la época del holocausto pangermánico.

Como conclusión, se plantean dos interrogantes que sin duda van a ser fundamentales en los tiempos venideros. El primero deriva de la obra clave mencionada al principio, “La invención de Europa”: este mito debilita la nación en su papel de fijar las fidelidades colectivas, sin reemplazarlas. Europa sustituye los imaginarios de los países, y no hay lengua común, ni leyes comunes, ni costumbres comunes, con lo que parece complicado que Alemania, que no acepta a los hijos de inmigrantes turcos nacidos en su suelo, vaya a aceptar a los hijos de inmigrantes turcos nacidos en suelo francés. Además, la tendencia es que Alemania legitima en Europa, involuntaria e

inevitablemente, el conjunto de sus concepciones, incluyendo la separación de los turcos y el derecho de sangre. El segundo es la ambivalencia y vacuidad del término “integración”, que resulta válido y útil tanto para asimilacionistas (absorción de individuos) como para segregacionistas (enclavamiento de grupos). La tolerancia abstracta multiculturalista, de apertura teórica a la diferencia, ha conducido al cierre de fronteras y mentalidades. Frente a eso, Todd propone el modelo francés para un asimilacionismo abierto que permita autoadaptarse a la búsqueda del reconocimiento como ser humano, que toda persona busca de la comunidad que lo recibe. En este punto se echa en falta (aunque por la densidad y profundidad del análisis propuesto por Todd es al mismo tiempo un acicate) un estudio que considere tanto las estructuras antropológicas como familiares, y las relaciones migratorias entre España y los países de América Latina, por su significancia histórica, cultural y lingüística, y de laboratorio donde se están aún formando novedosas iniciativas que ponen en cuestionamiento, al menos latente, estas adscripciones y definiciones identitarias.

Sin duda un libro esencial para aquellas personas interesadas en la temática migratoria, que aportará a quien lo lea independientemente de su nivel formativo, y con posibilidad, una obra de referencia para estudios ampliados posteriores.